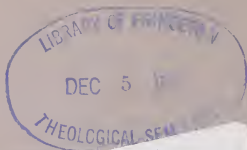


José Antonio Roca Y Boloña

Sermón Panegírico
en honor de
Santa Rosa de Santa Maria

F BX
4700
.R6
C34
1886



BX 4700 .R6 C34 1886
Caicedo, Vicente M.
Serm on paneg irico en hono
de Santa Rosa de Santa

PANEGIRICO

EN HONOR DE

SANTA ROSA DE LIMA

*Edición obsequiada á la obra del Centenario de Santa Rosa
por Benito Gil*

IMP. Y LIB. DE BENITO GIL.
BANCO DEL HERRADOR, N. 113.

LIMA - 1886



II-2
R7102re

LIMA
NOV 1 1887
THEOLOGICAL

SERMÓN PANEGÍRICO

EN HONOR DE

Santa Rosa de Santa María

✓ Rosa, of Lima, Saint

PREDICADO EL 30 DE AGOSTO DE 1878

POB ✓

JOSÉ ANTONIO ROCA Y BOLAÑA.

(PRESBITERO)



LIMA

IMPRESA Y LIBRERÍA DE BENITO GIL.

CALLE DE LAMPA, ANTES BANCO DEL HERRADOR, NÚM. 118

Sucursal Carabaya, antes Bodegonos, Núm. 42.

1886

63-E

JUAN BENAVIDES—REGENTE DEL ESTABLECIMIENTO.

CENSURA

POR EL M. R. P. FR. PEDRO GUAL, LECTOR DE TEOLOGÍA DEL ORDEN DE MENORES OBSERVANTES, EXCOMISARIO GENERAL DE DICHA ORDEN EN LAS REPÚBLICAS DEL ECUADOR Y DEL PERÚ, ACTUAL GUARDIÁN DEL CONVENTO DE NUESTRA SEÑORA DE LOS ÁNGELES, EXAMINADOR Y CENSOR DEL ARZOBISPADO.

Lima, Marzo 31 de 1886.

Illmo. Señor:

En la revisión y censura del segundo Panegírico de Santa Rosa por Monseñor Roca, que S. S. I. se ha dignado ordenarme, nada he encontrado opuesto á nuestra santa fe y moral cristiana: sino muy digno de ver la luz pública para edificación de los fieles y mayor gloria de Dios, tan admirable en nuestra gloriosa Patrona Santa Rosa. Puede, pues, Sn Illma., dar licencia para su impresión y circulación.

Dios guarde á S. S. I. muchos años.

FR. PEDRO GUAL,
Examinador y Censor Sinodal.

Palacio Arzobispal en Lima, Marzo 31 de 1886.

Vista la anterior censura: damos nuestra licencia para que se imprima y circule el panegírico que, en el año de 1878, compuso y pronunció Monseñor Dr. José Antonio Roca, en honor de Santa Rosa de Lima.

EL OBISPO, GOBERNADOR ECLESIÁSTICO.

BELANDO.

Prosecretario.

Vidi autem Angelum fortem descendentem de caelo amictum nube, et Iris in capite ejus, et facies ejus erat ut sol, et pedes ejus tanquam columnae ignis.

Vi otro Ángel fuerte descender del cielo, cubierto de una nube, y el Iris sobre su cabeza, y su cara era como el sol, y sus piés como columnas de fuego.

LIBRO DEL APOCALIPSIS, C. X, v. 1.

SEÑORES:

Los ÁNGELES de Dios no sólo bajan á la tierra para cumplir mandatos de justicia, sino que descienden igualmente á ejecutar designios de misericordia. Si un ángel exterminador dió muerte, en una sola noche, á todos los primogénitos de los Egipcios (1), otro ángel del Señor se apareció ántes en el desierto á la desconsolada Agar, y le mostró el agua que salvó de la muerte á Ismael (2); ángeles de Dios fueron los que sacaron á Lot y á su familia de una ciudad maldita (3); y ángeles del Señor los que vió Jacob, su-

(1) Exodo C. XII, v, 29.

(2) Genesis, C. XXI, vv. 14 á 19.

(3) Génesis, C. XIX, vv. 12 á 23.

(1) Génesis,
C. XXIX, vv.
11 y 12.

biendo y bajando por una escala misteriosa, cuyo remate tocaba en el cielo (1). Y, para no hablar de otras misiones de misericordia, encomendadas por el Señor á sus ángeles, bastará que recordemos el augusto misterio de la Encarnación del Verbo y consiguiente Redención del linaje humano, anunciados á la más pura entre las Vírgenes, por el arcángel San Gabriel, cuyo nombre se interpreta *virtud de Dios* (2).

(2) S. Lucas,
C. I, vv. 26 á 38.

Así, pues, mientras que el Evangelista San Juan, en el capítulo que me sirve de tema, nos habla de un ministro de la Justicia divina, anunciador de castigos: yo, que veo en nuestra amable conciudadana ROSA DE SANTA MARÍA un enviado de la divina Misericordia, la contemplo ataviada como el ángel de la visión de Patmos, declarándonos su excelencia sobrenatural y la grandeza de su ministerio.—Como que éste y aquella no fueron inferiores á los del ángel de la tremenda visión.

(3) S. Mateo,
C. XI, v. 29.

¡Sabe Dios el trono abandonado por un espíritu soberbio, que su Justicia ha señalado en el cielo, á la que imitó con tanta perfección en la tierra la humildad y masedumbre del corazón del Verbo humanado! (3)

Algún día lo sabremos, señores; y sabrémos también la misteriosa cifra á que llegan las almas salvadas por las oracio-

nes, las penitencias y los ejemplos de Rosa de Santa María. . . . Casi me atreviera á asegurar que sobrepasan la de aquellas, cuya ruina espiritual anunciaban las misteriosas líneas del libro que el enviado de Dios tenía en su diestra, mientras que ponía una de sus plantas en la tierra y la otra en el oceano! (1)

(1) Apocalipsis, C. X.

Su rostro resplandecía como el sol; el iris era su diadema; sus piés, columnas de fuego. . . . Yo advierto, señores, en nuestra Rosa virtudes, que aquellos atributos simbolizan.

El sol me recuerda su radiante *pureza*; el Iris, las luces de su elevada *contemplación*; el fuego, el abrasado *amor*, á cuyos ímpetus volaba más que corría en el servicio de Dios.

Rosa es un **ÁNGEL**, por la pureza; un **QUERUBÍN**, por la contemplación; un **SERAFÍN**, por el amor.

Verdadera visión celestial, nos lleva de una en otra jerarquía de la milicia angélica, hasta acercarnos al trono resplandeciente de Dios.

¡Señor: que tienes por enviados á espíritus puros, libres de carnales ataduras, y que los abrasas, sin que se consuman, en el activo fuego de tu amor (2): no me dejes sentir en este momento el peso vil de la materia, que oprime el alma; y préstala el arrebatado vuelo de Pablo, para que sea osada á penetrar en

(2) Salmo CIII, v. 4.

(1) 2.^a Epist.
á los Corintios,
C. XII, v. 2.

el tercer cielo y admirar las riquezas de tu gloria! (1) Ensancha mi limitada capacidad, para que pueda retener, y haz disertar mi lengua, para que pueda narrar la hermosura del alma virginal de Rosa, las galas con que la vistieron tus luces y el fuego que la dió alas para volar á Tí, desde la arena del combate, á fin de recibir de tus manos la corona de la victoria. Que yo me propongo glorificarte mientras que engrandezco á Tu elegida, y aficionar, al propio tiempo, á mis oyentes á la práctica de la virtud.

Y vos, ó Reina de los ángeles, contemplación de los querubines, incentivo de los serafines: protegéd al último de vuestros siervos, que os saluda, con el lenguaje del cielo: *ave gratiá plena*.

I

“¡CUÁN hermosa es, señores, la generación casta con claridad; pues su memoria es conocida delante de Dios y delante de los hombres! Coronada para siempre triunfa, llevando el premio de los combates castos. (2). He ahí el elogio, que hace de las virgenes el Espíritu del Señor; he ahí el retrato luminoso de Rosa de Santa María.

(2) Libro de la
Sabiduría, C.
IV, vv. 1 y 2.

(2) Salmo
XX, v. 4.

Prevenida con bendiciones de dulzura, (3) conoce, á la tierna edad de cinco años, el sublime precio de la virginidad,

y la ofrece á Dios, en las aras de la Virgen por excelencia, Nuestra Inmaculada Madre María; después, se despoja de su cabellera, ora para aperebirse á la lucha, como el gladiador de que nos habla San Gregorio Magno (1); ora para atestiguar á los hombres que renuncia á las pompas del mundo, y se viste de la Modestia cristiana, graciosa compañera de las almas puras; ó quizás porque vé, á favor de una luz que otros no advierten, el rostro amable del más bello entre los hijos de los hombres (2) todo herido y afrentado, y su hermosa cabellera enredada entre punzadoras espinas y empapada en sangre: una mirada de aquel *hombre de dolores* (3) le hiere el alma, y la cautiva, y la hace desdeñar lo que tantos mortales admiran, incantos! exponiéndose á quedar vencidos y encadenados. Rosa se despoja de sus cabellos, no para debilitarse y cegar como Samsón, hecho prisionero (4), sino para hacerse fuerte, y ver con claros ojos, y gozar de la libertad de los hijos de Dios. ¿Quién le ha enseñado tanto en esa edad? me diréis; y os respondo con San Basilio: *Præceptorem habuit Spiritum Sanctum* (5). El Espíritu divino fué su Maestro y la enseñó á herir, con venablo de amor, el corazón fortísimo de Jesús: á ella le dice el Verbo humanado: "*Vulnerasti cor meum, soror mea, sponsa, vulnerasti cor*

(1) Homilia
32 in *Evang.*

(2) Salmo
XLIV, v. 3.

(3) *Isias.*
C. LIII, v. 3.

(4) Libro de
los Jueces, C.
XVI, vv. 19 y
21.

(5) Sermon
de *quodam*
Martyr.

(1) Cantar de los Cantares, C. IV, v. 9.

meum in uno oculorum tuorum, et in uno crine colli tui." (1). Llagaste mi corazón, hermana mía por la pureza, mi esposa por la fidelidad; llagaste mi corazón, con la inocencia de tus miradas, le cautivaste por el sacrificio de tus cabellos." ¡Grande recompensa por tan pequeña ofrenda! ¿No es verdad, señores? Mas, poned reparo en que el acto fué extraordinario, en que excedió á la edad y á la natural inclinación: *Fuit devotio supra actatem, virtus supra naturam*, al decir de San Ambrosio (2).

(2) *De Sancta Agneto.*

Desde los primeros pasos de Rosa, bien se advierte que camina como los ángeles: apenas se apoya en la tierra; marcha de prisa, como los veloces mensajeros de Dios.—“La gracia que la anima no conoce, como advierte San Ambrosio, las tardanzas y achacosas dilaciones de nuestra abatida naturaleza.” *Nescit tarda molimina Sancti Spiritus gratia* (3).—No se detiene, pues, nuestra heroína, ni por un momento, en la carrera gigantesca, que comienza á los cinco años de su preciosa vida.

(3) Libro IV in *Lucas*, C. I post *initium*.

Ayunos frecuentes y asperísimos, que nuestro regalo no comprende; amargo condimento mezclado á los manjares, que le es forzoso tomar; cilicios que desgarran su cuerpo delicado; cadena de hierro, que Dios desata milagrosamente cuando amenaza su vida ó su secreto;

cruentas disciplinas, que dan á la tierra su púrpura, al cielo, su aroma, á los hombres, ejemplo y sufragio, á los demonios, confusión y quebranto; manos abrasadas con cal viva, para que no le traigan elogios; piés maltratados con el enorme peso de una gran piedra, ó puestos á la acción del fuego, por que no se la obligue á concurrir á mundanales pasatiempos; y, con el mismo intento, ojos atormentados con un jugo cáustico, que los vuelve hinchados, dolientes y lacrimosos; paladar amargado con bebidas insoportables; cuerpo burlado en su necesario reposo, con el ingenioso artificio de un lecho, que es un potro de martirio; sueño reparador de sus exhaustas fuerzas vencido en la cruz, en que se suspende para orar, ó en un clavo, al que ata los pocos cabellos con que cubre una corona de puas, que ciñe sus immaculadas sienes!

Renuncio, señores, al propósito de reseñar sus penitencias, porque me siento avergonzado y confuso; porque me abruma el número, me desconcierta el artificio, me vence la constancia. Debiéramos meditarlas en silencio, empapar su recuerdo con lágrimas, expresarlas con voces de dolor; porque ella, señores, era una Santa, y creía hacer poco; nosotros, somos pecadores, y nos contentamos con admirarla! Os pregunto sola-

mente: quien así ha crucificado el cuerpo ¿es criatura humana, que compadece su carne y se deja vencer por el dolor, ó ángel fuerte á quien el cuerpo sirve de nube, para vestirle y hacerle visible á los ojos humanos, *angelum fortem, descendentem de caelo. amictum nube?* (1). Ángel, sí, por la pureza de su pensamiento, que no alcanzan á enturbiar las torpes visiones del tentador; ángel, porque, como acontecerá en el cielo, no conoce otras nupcias que las místicas, celebradas con el Cordero divino: *erunt sicut angeli Dei in caelo*; (2) ángel, y aún superior á los ángeles, porque, en concepto de San Juan Crisóstomo, hay mayor mérito en la virginidad mantenida en una carne corruptible, que en la pureza de los ángeles, libres de sus vicisitudes: (3) *facies ejus erat ut sol*: (4) brillaba, pues, *como un sol*. Ángel de un rango excepcional, porque la virginidad angélica es estéril, mientras que de Rosa puedo decir: *virgo castitate, mater est prole*; (5) virgen por la castidad, es madre por su prole: ved, si no, sus retoños en las innumerables doncellas que han poblado, pueblan y poblarán dos monasterios de esta ciudad, alzado el uno al soplo de su aliento profético, trasformada en el otro la casa en que murió, y que lleva su simpático nombre. Ahí teneis su numerosa familia: hija espiritual de otra virgen

(1) Apocalipsis, C. X, v. 1.

(2) S. Mateo, C. XXII, v. 30.

(3) Libro 1.º de Virginitate.

(4) Apocalipsis, C. X, v. 1.

(5) S. Ambrosio.

admirable, la inspirada Catalina de Sena, es madre, por el espíritu, de las religiosas que simbolizaron las rosas, escogidas por su amor y regaladas á Jesús, en una de esas escenas que la tierra no es digna de contemplar; (1) es madre espiritual, porque su fecundidad no se agota, de las que hoy llevan su nombre, en la casa en donde oró y murió, dejando el invisible germen de un plantío secular de vírgenes.

(1) Vida de Santa Rosa, por Bermudez, edición de 1869. pág. 148 y 149.

Nada tiene que envidiar, pues, á las madres según la naturaleza, porque las aventaja en nobleza y en fecundidad; su espiritualé imperecedera familia conserva el lustre de su nombre, delante de Dios y delante de los hombres: “*Coronada para siempre triunfa, llevando el premio de los combates castos.*”

II

SAN Dionisio Areopagita, favorecido por Dios con luces singulares, al declarar los atributos de la jerarquía celeste, describe á los querubines, que pertenecen al primer orden, “dotados de grande virtud para conocer y mirar á Dios; de grande capacidad para recibir luz exuberante, y para contemplar, á favor de ella, con fuerza original, la divina hermosura, así como la industria de su sapientísima traducción en lo criado; ellos, agrega el Santo, comunican y transmiten sin envidia

(1) *D. Co-*
lesti hierar-
chia, C. VII.

á los que les son inferiores la sabiduría que les ha sido dada." (1)

Hermosísimo retrato, señores, de aquellos espíritus que no reconocen sino un coro superior, y que representan, en el orden jerárquico, el grado más alto de intelección de las divinas perfecciones. Son los contemplativos por excelencia en el cielo; y es justo que asignemos á nuestra Rosa el puesto que entre ellos le corresponde. Oíd!

Consagrada á orar desde sus tiernos años, no se distrajo nunca de este piadoso ejercicio. Aun existe la capilla de la Virgen Santísima del Rosario, que la vió tantas veces fuera de sí, embargados sus potencias y sentidos en la contemplación de la Belleza inefable, hasta merecer la singularísima gracia de un real desposorio con nuestro Señor Jesucristo; ahí está el oratorio de doña María de Uzátegui, hoy capilla del claustro de Santa Rosa, en donde permanecía hasta dos soles arrodillada, sin acción para apartarse del lugar en que el Cielo le franqueaba sus secretos; se ve aun, en lo que fué huerto de su casa, la estrecha celda que construyó, y que sólo podía hospedar á ella y su Amado; y no se ha perdido la memoria de sus dolorosas industrias, para reducir el cuerpo á la obediencia del espíritu y obligarle á seguir los encumbrados vuelos de su alma.

Vedla, señores, extática unas veces, arrobada en otras, casi siempre fuera de sí, absorta en Dios como los querubenes en el cielo. Y aunque sus manos no estén ociosas y *destilen la mirra* (1) de la penitencia; aunque las emplee por diez horas todos los días en primorosas labores para socorrer la indigencia de sus padres, y en curar á innumerables enfermos, no obstante, Rosa no es *Marta que se afana por muchas cosas* (2), sino *María que se sienta á los piés del Maestro*, y se regala con la suavidad de sus palabras (3): en el cestillo de labor ve su rostro como en las páginas del libro de meditación; si una dolencia la aflige, halla eficaz medicina en la sabrosa llaga de Su costado; si recobra sus fuerzas, Jesús la acompaña en el paseo, dándola graciosamente la mano de Esposo, y dejando luminosas huellas de sus pasos. ¡Imaginad los torrentes de luz que derramaría en su alma El que, como *lámpara clarísima*, ilumina la celestial! *Jerusalem!* (4).

(1) Cantar de los Cantares, C. V, v. 5.

(2) S. Lucas, C. X, v. 41.

(3) S. Lucas, C. X, v. 39.

(4) Apocalipsis, C. XXI, v. 23.

Tan poderosa es, señores, la visión de Rosa, que trae á mi memoria los misteriosos querubenes de Ezechiel: “Y se alzó la gloria del Señor de encima de los querubines hacia el umbral de la casa. . . Y todo el cuerpo de ellos, y los cuellos, y las manos, y las alas, y los cercos estaban llenos de ojos al rededor de las cuatro ruedas. . . Y salió la gloria del Señor

del umbral del templo: y se puso sobre los querubines. . . . Y alzando los querubines sus alas, se remontaron de la tierra delante de mí» (1).

(1) Prefecia de Ezequiel, C. X. vv. 4, 12, 18 y 19.

Para Rosa no hay distancias: desde su estrecha celda, y á través de los muros de su huerto y de las casas contiguas, ve las misas que se dicen en varios templos, y su espíritu se remonta ora al Calvario, luego al Thabor, llevado por alas potentes, que salvan los espacios, los tiempos, y sólo se detienen ante el invisible límite que les ha puesto el Criador.

La creación entera reconoce su poder, y dá inequívocas muestras de sumisión al querube, que la interpreta y levanta hasta el trono de su Soberano: los árboles inclinan delante de ella las altaneras copas y las aves le acompañan con dulcísimos trinos. Alégranse las irracionales criaturas en presencia de Rosa, *porque el gran deseo de ellas es la manifestación de los hijos de Dios*, como enseña el Apóstol de las Naciones (2).

(2) Epíst. á los Romanos, C. VIII, v. 19.

Mas, esta no es la única semejanza entre Rosa y los querubines. Como ellos, ve, se enriquece, y derrama después amorosamente los tesoros de altísimos conocimientos sobre sus inferiores. Escuchad, pues: profundos teólogos la examinan acerca de los misterios de la Trinidad Beatísima, de la Encarnación del Verbo, del augustísimo Sacramento de la

Eucaristía, de la predestinación á la gloria y de las operaciones de la divina gracia; y ella se explica con tal sublimidad de conceptos y profundidad de razones, que todos la reconocen adornada de *ciencia infusa*, y bendicen al Padre celestial, “que oculta sus arcanos á los prudentes y sabios del siglo, y los revela á los pequeñuelos” (1).

(1) S. Mateo. C. XI, v. 25.

¿Qué más, señores? Rosa, á la edad de doce años, llegó al grado más alto de contemplación, á que llegarse puede en la tierra: celebró nupcias con la Sabiduría divina, y alcanzó la soberana visión, que los místicos denominan “bienaventuranza incohada.” Fué monumento vivo de la verdad de este oráculo del Rey-Profeta: *Quoniam non cognovi literaturam, introibo in potentias Domini* (2). ¡Rosa no frecuentó escuelas de Teología; mas entró como los querubes en las potencias del Señor!

(2) Salmo LXX. v. 16.

Y ¿acaso se detuvo allí? Ciertamente que los querubines, por naturaleza, no pueden salvar el límite de su jerarquía; mas, no acontece lo propio con aquellos que lo son por gracia, pues esta no reconoce otros linderos que los del *Sancta Sanctorum* en que habita la divina Esencia. Rosa, ángel por su pureza, querubín por su contemplación, mereció que el Omnipotente la levantase hasta el coro de los Serafines, por los incendios del divino amor.

III

Esas criaturas excelentes son, como lo declara la voz hebrea de la que derivamos su nombre, *incendiarios ó irradiadores de calor*. “Con razón, dice el citado San Dionisio, la primera de las jerarquías celestes es constituída por naturalezas sublimes, pues pertenece al orden más elevado; porque, asistiendo á Dios de más cerca, recibe antes que las otras, inmediata y principalmente, las primeras apariciones é iniciaciones de Dios” (1). Contemplad, señores, los soberanos incendios en que se abrasan estas nobles naturalezas, al recibir los primeros y más vividos rayos de la Hermosura sin par, en toda su plenitud, para comunicarlos al orden inmediato. El hierro enrojecido por el fuego, el oro derretido, que torna en púrpura deslumbradora su pálido color, el sol ardiente que derrama luz y calor sobre la creación, son débiles imágenes de aquellas abrasadas y abrasadoras criaturas.

Pues, á semejanza de ellas, Rosa en la tierra; que no en vano trocó el Señor el nombre que la impusieron, en este simbólico nombre, al teñir de púrpura su rostro infantil. Si Teresa de Jesús merece el dictado de seráfica por su arrebatado amor, y un serafín la traspasa el co-

(1) *De Co-
lesti hierar-
chia*, C. VII.

razón con encendido dardo; si Francisco de Asís y Catalina de Sena son serafines en la tierra, y así lo declaran los cruentos estigmas del uno y los luminosos de la otra, nuestra Rosa alterna con ellos en los dolores y en el amor.

El Rey del cielo, que, en una visión llena de misterio, le pidió su consentimiento para desposarse con ella; en el último año de su preciosa existencia, ratificó solemnemente su promesa, con estas palabras, que el ángel no ha escuchado: "ROSA DE MI CORAZÓN, SE TÚ MI ESPOSA." Sí, señores: á una virgen terrestre, y no á un espíritu angélico, se enderezan; porque el Verbo de Dios, en su infinito amor, quiso desposarse, y se desposó realmente con la naturaleza humana, y no con la angélica.

Si me preguntáis ahora por los signos de esa ardiente caridad, que asemeja á Rosa á sus hermanos los serafines, os diré que los quilates del amor se aprecian en el crisol de los padecimientos. Porque amó mucho, nuestra Soberana Reina y Madre, María, padeció mucho, y tanto, que *su dolor es grande como el mar*, en lenguaje de Jeremías (1). Por habernos amado sin medida, nuestro adorable Redentor expiró en la Cruz para bien nuestro (2). Rosa le imitó, dándonos así la mejor prueba de su acendrado amor; porque la caridad, que ha-

(1) Threnos de Jeremias. C. II, v. 13.

(2) Majorem hac dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis. San Juan, C. XV, v. 13.

ce dichosos á los serafines en el cielo, hace mártires á los de la tierra. Un serafin crucificado fué el que imprimió las milagrosas llagas en el cuerpo de Francisco; y el Rey de los serafines hirió desde la Cruz á Rosa de Santa María. “Padecer ó morir” era la divisa de Teresa de Jesús; “No morir, sino padecer,” fué la de María Magdalena de Pazzis; “Padecer y ser despreciado por tí” fué el grito de amor del valeroso San Juan de la Cruz.

Oid ahora el arrebatado lenguaje de nuestra concidadana.

“Dios mio y verdadero esposo de mi alma, alegría de mi corazón; yo os quiero amar, benignísimo Jesús, con aquel perfectísimo amor, eficazísimo amor, infabilísimo amor, intensísimo amor, incomprendible amor, incontrastable amor, invisible amor con que todos los corazones del cielo os aman. Y más os quisiera amar, Dios de mi corazón y de mi vida. Quisiérais amar, regalo mío, tanto como la santísima Madre vuestra y Señora mía, Virgen purísima os ama. Y más quisiérais amar, salud y alegría mía y de mi alma, tanto como vos, Dios mío, os amais. Abráseme yo, deshágame yo, y consúmame yo en el fuego de vuestro divino amor, benignísimo Jesús.” (1)

Pablo, apóstol de las naciones, el que vió el cielo abierto y oyó palabras arca-

(1) Vida de Santa Rosa por Bermudez, edición de 1869, pág. 295.

nas, alentaba este grito sublime: *deseo disolverme y estar con Cristo* (1). Rosa apetece más: quiere amar á Dios, delirio de amor! como Él mismo se ama. ¿Como ha llegado á esas alturas del amor, á esos estremecimientos sublimes, á esas llamadas, que coronan sus altas virtudes, como el penacho de fuego que sale de las elevadas montañas? David ha cantado: “el Señor mira la tierra y la hace estremecerse; toca los montes y los enciende” (2).

(1) Epist. á los Filipenses, C. I. v. 23.

(2) Salmo CIII, v. 32.

Mi lengua ruda, señores, es impotente para traducir los acentos de Rosa; mas, haré el último esfuerzo, repitiendo los que sorprendió la piedad en un ode sus frecuentes arrebatos.

Rosa se había puesto á meditar delante de una devota imagen de Nuestro Salvador; “y no pudiéndose contener, dice uno de sus biógrafos, extática, sin advertir que no estaba sola, se levantó en pié, y con voz alta y ferviente, desahogó su afecto, enderezándole al Esposo de su alma estas palabras:

“Oh! ¡Señor mío! ¿Cuándo te amarán todos como mereces? ¿Hasta cuándo has de sufrir que te pierdan el respeto y te irriten los pecadores? ¡Quién pudiera hacer que todos conociesen cuán digno eres de ser amado y acabasen de entender que mereces ser querido por quien eres, y no por el temor servil de las penas ó por el

interés de los premios!" Este, señores, no es el lenguaje humano: calla aquí el *amor imperfecto* y habla el *seráfico*. David, el Rey-Profeta, decía al Señor: "He inclinado mi corazón á ejecutar eternamente tus justificaciones, *por la retribución.*" (1) Rosa no ama *por el interés de los premios*. San Pablo exhortaba á los fieles de Filipos "á que obrasen su salud con *temor y con temblor:*" (2) Rosa no teme, porque ha llegado á *la caridad perfecta*, y ésta, dice San Juan, "echa fuera el temor, porque el temor tiene *pena*, y así el que teme no es perfecto en la caridad." (3)—Mas, no interrumpamos las voces de su ardiente celo:

"Ea, Señor, haced, haced que os amen como es razón. Sacad la aljaba, vibrad por todas partes saétas encendidas en vuestro purísimo amor, y broten en los corazones llamas é incendios. Quetodos, Señor, os sirvan y se os rindan á suaves violencias de la caridad y destilen en honor vuestro fragantes bálsamos de piadosos afectos. A vos, amabilísimo Jesús, se ofrezcan esos olores, á vos que estais tan abrasado, y á quien tiene tan inquieto el amor inmenso de los hombres." (4)

¿Lo habeis oído, señores? Ya esta apasionada esposa ha pasado por todos los desfallecimientos del amor: ya no dice *amore languo*; ya no pide que la sostengan con flores de santos deseos: *fulcite*

(1) Salmo CXVIII. v. 112.

(2) Epist. á los Filipenses, C. II, v. 12.

(3) Epist. 1.ª, C. IV. v. 18.

(4) Vida de Santa Rosa por Bermudez, edición de 1869, pág. 313.

me floribus; que la cerquen de manzanos perfumados de obras buenas: *stipate me malis*. (1) No! su languidez pasó: “La izquierda de su Amado debajo de su cabeza, y su derecha la abrazará.” (2)

(1) Cantar de los Cantares, C. II, v. 5.

(2) Id, id. C. II, v. 6.

Encendida por tan estrecho abrazo, acompaña á los veinticuatro ancianos, vestidos de ropas blancas, y en sus cabezas coronas de oro, que vió San Juan al rededor del trono del Altísimo; y que adoraban Al que vive en los siglos de los siglos, y echaban sus coronas delante del trono, diciendo: “Digno eres, Señor Dios nuestro, de recibir gloria, y honra, y virtud. . . .” (3)

(3) Apocalipsis, C. IV, vv. 4, 10 y 11.

Y, mezclando sus voces á aquellos serafines de seis alas, que vió el Profeta Isaías, dice con ellos: “Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos, llena está toda la tierra de tu gloria.” (4)

(4) Profecía de Isaías C. VI, vv. 2 y 3.

Sí, llena está la tierra de la gloria del Señor: “los cielos la cuentan; el firmamento anuncia las obras de sus manos; un día habla palabra á otro día, y una noche muestra sabiduría á otra noche:”

(5) «los ríos aplauden, sirviéndoles de manos sus ondas rumorosas (6); y el mar tiene elaciones sublimes, en las que Dios aparece admirable, admirable en las alturas.» (7) Mas, su grande obra, el compendio de la creación, es el hombre, á quien hizo un poco menor que los án-

(5) Salmo XVIII, vv. 2 y 3.

(6) Salmo XCVII, v. 8.

(7) Salmo XCII, v. 4.

(1) Salmo VIII, v. 6.

(2) Mirabilis Deus in Sanctis suis. Salmo LXVII, v. 36.

geles; (1) y la maravilla de su diestra, los santos. (2) Y entre aquella luminosa cohorte, Rosa de Santa María, que salva los límites de nuestra naturaleza inferior, y se hace, por la gracia, ángel de pureza, querubín contemplativo, abrasado serafín, que arde en el fuego del Señor.....

Al influjo de ese fuego insoportable á la naturaleza humana, rómpese el vaso de arcilla, y la llama ardiente sube á la región superior; á la única en que puede brillar sin nieblas, sin oscilaciones, serena, pura, inextinguible! Sólo treinta y un años pudo alumbrar esta mansión de tinieblas: hoy no se cuentan los que brilla, inmortal, en la patria de las almas, como luciente antorcha delante del trono de Dios.

Allí la ven los ojos de mi alma atribulada; allí la sigue mi clamor:

¡O Rosa del Paraíso! al deshojarte sobre esta tierra bendecida, para devolver al cielo tu inmortal esencia, nos dejaste un puñado de polvo aromático, que guardó en urna primorosa la piedad de nuestros mayores. La nuestra no está satisfecha, y anhela levantar un monumento grandioso para guardar en él ese polvo sagrado. Mas, los deseos no son poder; y apenas hemos puesto los cimientos del edificio, que, cual un pabellón de gloria, debe sombrear los lugares engrandecidos en otro tiempo con tu presencia,

y venerables hoy por tu recuerdo. Ayúdanos desde el cielo; que el Omnipotente no conoce obstáculos, y Él que te ama no te ha de rehusar lo que le pidas.

Sí; el corazón me dice que alcanzarás lo que te pedimos: En breve los macizos muros, y el alta bóveda, y el majestuoso altar se alzarán á pocos pasos de aquí; y, sobre el desel que cubra la piedra del sacrificio, en medio á las estatuas de tus compañeros de peregrinación y de gloria, descollará tu estatua radiosa, con los brazos levantados al cielo, en actitud suplicante por la Ciudad, por la República, por las dos Américas. . . .

Ah! ya veo al Ven. Pontífice, con la mitra preciosa en la cabeza y el simbólico cayado en la diestra, trazando los litúrgicos caracteres sobre el pavimento de ese templo; ya le veo, fijando y consagrando las relucientes cruces, que serán las joyas de sus muros; le advierto, derramando el sagrado crisma sobre la magnífica piedra, en que ha de inmolarsé místicamente el Rey inmortal de los siglos. . . .

Entonces, Señor, dejarás ir en paz á tu siervo: sus ojos habrán contemplado el lugar en que han de santificarse una y otra generación; dulce le será expirar al pié de ese santuario, todo embalsamado con los aromas de Rosa, y pronunciando el dulcísimo nombre de Jesús.

Que así terminemos todos nuestra peregrinación; y que algun día, presididos por Rosa allá en el cielo, podamos entonar el himno del amor por toda la eternidad!.....



Princeton Theological Seminary-Speer Library



1 1012 01041 5216